



LUIS HERRERO

EL TERCER DISPARO

UN THRILLER SOBRE EL PODER, EL AMOR Y LA TRAICIÓN



Apostado en lo alto de una loma al despuntar el día y dispuesto a cumplir con su promesa de vigilar el nido de un águila imperial por lealtad hacia un buen amigo, Fernando, fotógrafo en prácticas en la redacción del diario El Sol, se convierte, a través del teleobjetivo de su cámara, en testigo incómodo de un inesperado atropello en una solitaria carretera comarcal. Detrás del atropello y de sus protagonistas se esconde una historia de traiciones y deslealtades en la que están implicados los más altos cargos de la política, envueltos en una desesperada lucha por recuperar las riendas del Gobierno, un combate en el que lo que menos importa es el precio que se ha de pagar para salir victorioso.

*A mi hijo Luis, que casi siempre tiene la frente
arrugada.*

*A Macarena Lora, por sus valiosas aportaciones.
A Marta Galindo, por su buen ojo crítico.
A Berenice Galaz y Aránzazu Sumalla, por su estímulo a la hora de arrancar.*

Nota

Muchos de los sucesos narrados en esta novela están basados en hechos reales, aunque éstos sucedieron en contextos muy diferentes y con intervalos de tiempo distantes entre sí. Cualquier parecido con el decurso de la historia es pura coincidencia. Los personajes son fruto de la imaginación del autor.

VIERNES

I

Cerca de Ávila, 19.30

Un destello de luz, tan blanco como el colmillo de una fiera, inundó repentinamente la bóveda del cielo. Un poderoso bramido brotó de la luz, para aliviar parte de la ira de la que estaba poseída, y fue tan grande su estrépito que, por un instante, pareció que se resquebrajaba el orbe entero de la tierra. Durante unos segundos, las ramificaciones eléctricas de una enorme grieta de plata, con ligeros brillos azules, trataron de cauterizar la vaporosa oscuridad del firmamento. Cuando el relámpago se reflejó en el fuselaje metálico del pequeño avión *Fairchild Merlin IV*, el piloto ya trataba desesperadamente de alejarse del ojo de la tormenta.

—¡La madre que la parió! —exclamó antes de volver a pulsar el intercomunicador de su equipo de radio—. Atención, torre de control: solicitud de virar veinte grados a la izquierda para evitar cumulonimbos. Tormenta con gran aparato eléctrico. Repito: tormenta de gran intensidad. Turbulencia y engelamiento por encima del nivel.

La respuesta llegó a los pocos segundos, entre débiles interferencias acústicas, a través de un altavoz empotrado en el panel de mandos.

—Maniobra autorizada.

—Recibido —dijo el piloto sin arquear ni un milímetro las cejas, tan densas y negras como el carbón. Los auriculares de los cascos ensanchaban el perfil de su cabeza, que de otro modo hubiera sido más afilado. Tenía la nariz tan corta que había terreno libre, entre ella y la comisura del labio superior, para un bigote prominente que, sin embargo, brillaba por su ausencia. En su lugar, ligeras gotas de sudor centelleaban al roce de la luz.

—¿Hay que preocuparse? —preguntó desde la primera fila del pasaje Manuel Romero, ex presidente del Gobierno y actual jefe de la oposición, con la voz más neutra que fue capaz de proyectar su garganta.

—¡Soplen vientos, y agrieten sus mejillas! ¡Soplen con furia! ¡Broten cataratas y huracanes! ¡Que se escuche el estruendo de vuestras barrigas llenas! —recitó el piloto, a pleno pulmón, para hacerse escuchar desde la cabina de mando, cuya puerta estaba abierta de par en par.

—Y eso, ¿qué coño quiere decir? —preguntó el político con incipiente cara de malas pulgas.

—Que de momento no hay peligro. Mientras mi cabeza sea capaz de recordar los versos de Shakespeare, quédese tranquilo. Eso quiere decir que todo está bajo control.

Todavía no había terminado de decir la última frase cuando el avión, sin previo aviso, hizo el brusco ademán de venirse abajo. Los cuatro pasajeros tuvieron la sensación de que el estómago se les iba a salir por la boca.

—¿Aún es capaz de recordar a Shakespeare? —preguntó Romero, tratando de ampararse en el burladero del humor para mantener a raya el miedo que ya pugnaba por quebrantar la entereza de su ánimo.

—Sí —dijo el piloto a través de una sonrisa que no parecía forzada—. Al menos, ese pasaje de *El rey Lear*, que es el único que me sé de memoria.

—Pero, no acabaremos como Lear, ¿verdad?

—Si quiere que le diga la verdad, no tengo ni la más remota idea de cómo acabó ese tipo. En realidad tampoco sé

quién era. ¿Usted lo sabe?

—Era un rey bretón. Y acabó muerto ante el cadáver de su hija.

—¿La señorita que viaja con usted es su hija? —preguntó el piloto.

—No —dijo el político ladeando ligeramente la vista hacia su acompañante de la derecha.

—En ese caso, no acabaremos como Lear. Confío en que eso le tranquilice.

La mujer miró a su izquierda y vio el perfil aguileño de Manuel Romero balanceándose dentro del avión por los baches térmicos que provocaban las nubes: no aparentaba los cincuenta y seis años que, a decir de los documentos oficiales, jalonaban su extensa y exitosa trayectoria vital. Su pelo, espeso por el centro, se elevaba como una cresta negra desde la base de dos entradas muy pronunciadas, una a cada lado, que enmarcaban una frente despejada y simétrica surcada por un buen número de marcadas arrugas. Era un hombre delgado, de ojos pequeños y mirada melancólica. Una sonrisa leve le bailaba permanentemente en los labios, como si fuera una mueca que se le hubiera quedado encasquillada mucho tiempo atrás.

Cuando Manuel Romero advirtió que la chica le miraba, se vio en la obligación de decirle algo tranquilizador. A falta de mejor ocurrencia, le preguntó:

—¿Te gustaría ser la secretaria del próximo presidente del Gobierno?

En ese momento, el resplandor de otro relámpago se coló por todas y cada una de las ventanillas del avión. Los colores, apagados por la oscuridad de la noche, adquirieron de repente ese tono blancuzco y saturado que provocan los *flashes* fotográficos. La chica se estremeció. El avión comenzó a moverse con más violencia. Parecía que la ronca respiración de sus dos motores agonizara entre estertores cada vez más frecuentes y secos.

—Ahora mismo pagaría dinero por tener asegurado cualquier empleo en el mundo de los vivos —dijo sin pretender hacerse la graciosa.

—No te preocupes —le dijo él—. De esta vamos a salir enteros. ¿Verdad que sí, amigo? —voceó.

El piloto comprendió enseguida que la pregunta iba dirigida a él. Sonrió. Asintió con la cabeza. Y recitó de nuevo:

—¡Soplen vientos, y agrieten sus mejillas! ¡Soplen con furia! ¡Broten cataratas y huracanes! ¡Que se escuche el estruendo de vuestras barrigas llenas!

—De todas formas —le dijo Manuel Romero a su atractiva secretaria—, mañana volveremos por carretera. Ya te puedes encargar de conseguir dos buenos coches en cuanto tomemos tierra. ¡No hay que tentar a la suerte!

—Lo haré encantada —dijo ella.

—Lamento oír eso —terció el piloto mientras giraba el cuello tratando de encontrar la mirada de Romero al otro lado del umbral de la puerta de la cabina—. ¿Quiere eso decir que puedo regresar a casa esta misma noche, o debo esperar a mañana para llevar a esos dos señores que viajan con ustedes?

Artemio Piñón no se dio por aludido. Ni las turbulencias ni los relámpagos de la tormenta le habían hecho mover un músculo de la cara. Ni que decir tiene que tampoco lo consiguió el rumor de una conversación que no iba con él. Su dilatada experiencia militar, en la que destacaba el adiestramiento como oficial en el servicio de helicópteros de la Guardia Civil, le habían dotado de un sexto sentido para presentir el peligro. En su opinión, el único riesgo que corrían en aquel momento era que el impacto directo de un rayo contra el fuselaje del avión provocara la pérdida total del suministro eléctrico. Si eso ocurría, sus vidas dependerían sólo de la disciplina del piloto para observar estrictamente el procedimiento, sobre todo en el orden de actuación de los interruptores. A su juicio, que solía ser acertado cuando se trataba del escrutinio de seres humanos, el pilo-

to que estaba a los mandos era un hombre experimentado y manifiestamente capaz de superar la prueba con éxito si llegaba el caso. Artemio Piñón era, desde hacía tres años, escolta de Manuel Romero. A pesar de su edad sexagenaria aún conservaba un porte atlético. Tenía el cuello muy ancho y los ojos muy abiertos. Llamaba la atención la descomunal envergadura de su espalda. De rostro enjuto, su cabeza, pequeña, redonda y calva, relucía en la oscuridad como una bola de billar. Estaba sentado justo detrás de la chica. A su izquierda, aterrado por el pánico, se encontraba casi en posición fetal el cuarto pasajero.

No muy conocido aún en el mundo de la política, Alfredo Riva-Galarza había tenido el buen tino de apostar por la fortaleza política de Romero justo en el momento en que casi todos sus conmlitones le dieron por muerto. Ahora era su brazo derecho. No importaba lo que dijera el organigrama del partido: aunque tenía un cargo de segundo nivel, su influencia sobrepujaba de largo a la de la propia secretaria general. El mes anterior había cumplido los treinta y cinco años, pero en aquel momento dudaba muy seriamente que fuera a cumplir alguno más. Tan cerca veía la muerte.

—Es usted libre para hacer lo que quiera con su pellejo, amigo. Si quiere volver a cruzar esta tormenta en dirección contraria, allá usted —le dijo Romero al piloto, que aún aguardaba la respuesta a su última pregunta.

—No. La tormenta ya no estará aquí cuando vuelva de regreso. Estas tormentas son típicas de esta época del año. Son muy aparatosas, pero duran poco. Primero descargan su furia y después se desvanecen.

—Entonces no son como los políticos. En los políticos sucede al revés: la furia aparece justo cuando ellos se desvanecen.

Un pozo de aire volvió a zarandear el avión de arriba abajo. Esta vez, el joven treintañero emergió del miedo como un resorte.

—¡Jooooder! —exclamó.

—A los políticos no los conozco bien. A los vientos, sí — dijo el piloto una vez que hubo estabilizado de nuevo el aparato—. Al viento uno ya lo tiene como un compañero viejo y conocido. Uno se lo encuentra en la pista y lo saluda. Uno trepa, el viento lo espera arriba y uno lo vuelve a saludar. Uno sabe que el viento lo va a tirar de aquí y de allá, pero todo sucede entre amigos. No se preocupen por él. No nos hará daño.

—Más me vale que esté usted en lo cierto. Tengo el propósito de volver a ser presidente del Gobierno dentro de cuatro días. No he remado tanto para morir en la orilla.

—Lo sé. Suelo leer los periódicos. Y aunque no me gusta mucho la política, últimamente su cara sale mucho en las portadas. Espero que todo le salga bien.

Las palabras del piloto sonaron sinceras.

—¿Es usted de los nuestros? —le preguntó Romero.

—Ni soy de los suyos ni tampoco de los socialistas. No soy de ninguno. En realidad debo reconocer que casi nunca voto. ¿Cree usted que hago mal?

—Está en su derecho de hacer lo que quiera. Pero si no vota, pierde fuerza moral para quejarse.

—Yo no me quejo casi nunca. La vida, gracias a Dios, aún no me ha dado motivos.

A Manuel Romero le costaba creer que, en aquel preciso momento, su interlocutor no tuviera motivos para quejarse. Las nubes que atravesaban eran cada vez más negras y tenía la impresión de que perdían visibilidad apresuradamente. Los brincos del avión no cesaban y, desde hacía un buen rato, el viento les obligaba a planear lateralmente de un lado a otro, como si la fuerza de propulsión de las turbohélices resultara insuficiente para hacerles avanzar en línea recta. Con periódica frecuencia, lejanos focos de luz parpadeaban entre la masa nubosa. Manuel Romero no recordaba ninguna experiencia aérea parecida, aunque debía reconocer que el piloto no se había quejado en ningún momento de las condiciones meteorológicas adversas. Parecía

controlar la situación con rutinaria naturalidad. Y menos mal que era así. De otro modo, hace mucho tiempo que él hubiera perdido el control de sus nervios. Se dio cuenta de que hablar con el piloto le tranquilizaba.

—Espero que la próxima vez vote por mí —le dijo tras un breve silencio.

—¿Tan seguro está de que las cosas le van a salir bien?

La pregunta hizo diana. ¿Lo estaba, en realidad? Meditó la respuesta antes de decir:

—Todo depende de lo que pase esta noche.

Eso era todo lo que podía decir en voz alta. Por un instante se preguntó qué pasaría si le dijera al piloto toda la verdad. Mentalmente se imaginó a sí mismo protagonizando una confesión pública: «verá usted —como quiera que se llame—, en realidad me dirijo a consumir una de las jugadas más sucias de toda mi carrera política. Voy a chantajear a un viejo amigo. Voy a romper la promesa que le hice de guardar silencio sobre algunos asuntos que estarían mucho mejor en el olvido. Necesito su voto para ganar la moción de censura que el Parlamento empezará a debatir el próximo lunes y el muy cabrón se niega a dármele porque a su edad le han entrado escrúpulos morales. Le aseguro que no lo haría si pudiera obtener el voto que me falta de cualquier otro diputado, pero, maldita sea, he repasado mil veces los nombres de las trescientas cincuenta señorías que se sientan en el Congreso y no hay por dónde arañar. Así que ya lo ve: si sobrevivo a la tormenta, dentro de un rato estaré en casa de Juan Benavides, que es un buen hombre en términos generales, y le amenazaré con divulgar algunos trapos sucios que pueden llevarle a la cárcel si no se mete sus escrúpulos morales en el culo y vota a favor de la moción de censura que puede restituirme en el poder la semana que viene. ¿Qué le parece?». Luego miró al piloto y trató de adivinar cuál sería su reacción. ¿Le impactaría esa confesión más que la gota fría que estaban atravesando? Le agradeció al cielo que no tuviera que averiguarlo.

—Entonces, ¿esta noche se decide su futuro? —preguntó el piloto.

Durante unos instantes, Manuel Romero tuvo la impresión de que el piloto había sido capaz de leer sus pensamientos.

—Al menos mi futuro inmediato —respondió.

—En ese caso, le deseo buena suerte.

Las sacudidas del avión aún se hicieron más compulsivas. El tripulante y los pasajeros comenzaron a botar en sus asientos como vaqueros sobre potros salvajes.

—¿Va todo bien? —quiso saber Manuel Romero.

—Necesito perder altura porque he de comenzar ya las maniobras de aproximación. Nos falta poco para aterrizar. Si el vuelo hubiera sido un poco más largo podríamos haber subido por encima de la tormenta y se hubieran ahorrado tanto meneo. Siento la incomodidad. En diez minutos estarán pisando tierra firme.

Romero miró primero a su secretaria, que asintió con un leve movimiento de cabeza para confirmar que se había enterado de la buena nueva, y después se volvió hacia atrás para avisar al resto. Artemio Piñón seguía impertérrito. A su izquierda, Alfredo Riva-Galarza iba hundido en el asiento, con las dos manos asidas a los brazos de la butaca y los ojos rabiosamente cerrados. Estaba horroroso: la nariz arrugada, los orificios dilatados, la boca entreabierta y los dientes visibles y apretados. Parecía una máscara de carnaval.

—Tranquilo, Alfredo, ya llegamos —le dijo Romero con ánimo de calmar sus nervios.

Riva-Galarza apenas entreabrió los ojos, después de hacer un esfuerzo infinito, y dijo:

—¡Jooooder!

Detrás del joven político asustado ya no había más asientos. Aunque el *Fairchild Merlin IV* era un avión con capacidad para diecinueve pasajeros, su actual propietario, Marcial Correa —uno de los empresarios más poderosos del país, con importantes participaciones en medios de co-

municación y entidades financieras— había suprimido las últimas filas. En su lugar había hecho instalar una cama de dos metros de larga por noventa centímetros de ancha.

—¿No estarías mejor en la cama? —le preguntó Romero.

—¡Nooooooooo! —se apresuró a responder Riva-Galarza, horrorizado ante la idea de tener que cambiar de postura.

—Bueno, al menos ahora ya sabes que volar a mi lado es un deporte de alto riesgo —le dijo su jefe, de buen humor, antes de volver la vista al frente.

—¡Allá vamos! —anunció por fin el piloto—. ¡Soplen vientos, y agrieten sus mejillas! ¡Soplen con furia! ¡Broten cataratas y huracanes! ¡Que se escuche el estruendo de vuestras barrigas llenas!